

EL CABALLERO DE GRACIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL CABALLERO DE GRACIA.	CONRADO, <i>caballero</i> .	DON JUAN.
RICOTE, <i>lacayo</i> .	GINÉS.	EL REY FELIPE II.
ISABELA, <i>dama</i> .	PAULO ADORNO, <i>caballero</i> .	INÉS, <i>criada</i> .
DECIO, <i>criado</i> .	EL CARDENAL ESPINOSA.	ROBERTO.
LAMBERTO, <i>caballero</i> .	DON CRISTÓBAL DE MORA.	UN ANGEL.
JULIO CATAÑO.	DON PEDRO, <i>caballero</i> .	UN CAPITÁN.
ESPERANZA, <i>criada</i> .	FISBERTO, <i>caballero</i> .	UN CRIADO y UN PAJE.
CAMILO, <i>caballero</i> .	LA PRINCESA DOÑA JUANA.	UN PINTOR.
SABINA, <i>dama</i> .	DON DIEGO, <i>caballero</i> .	MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale el CABALLERO DE GRACIA y LAMBERTO, su cuñado.

LAMBERTO. Pues á mi cargo has quedado, tu remedio está á mi cuenta, y así quiero darte estado.

CABALL. Si tu amor honrarme intenta, trueca el nombre de cuñado en el de hermano apacible; no fuerces mi inclinación, mira que es cosa terrible, sabiendo mi condición, casarme.

LAMBERTO. Ya es imposible deshacerse este concierto.

CABALL. ¿No ves que ya mi edad pasa de los límites, Lamberto, que piden bodas?

LAMBERTO. Tu casa, como sin hijos han muerto tus padres, reduce en tí mi nobleza y sucesión. Palabra á Jacobo di de casarte, y no es razón no cumplilla.

CABALL. Resistí á mis padres tantos años el peso del casamiento, Argel de penas y engaños, sirviéndome de escarmiento sucesos propios y extraños, que ya en mis amigos veo, ya entre mis parientes toco, ya en varias historias leo, ¿y quieres volverme loco violentando mi deseo?

LAMBERTO. Lo que no pudieron ellos podrá hoy mi autoridad.

CABALL. Nunca enlaza amor dos cuellos por fuerza, ni hay voluntad que vaya por los cabellos.

LAMBERTO. En individuos tributo, ¿será bien que tú seas menos que un roble tosco, que un bruto?

CABALL. Ya que tú casado estás con Isabela, mi hermana, el ser resucitarás de nuestra casa.

LAMBERTO. ¡Qué vana excusa á mis ruegos das! No se estima por mujer la línea que ilustra al hombre y da al hijo todo el ser, pues del padre toma el nombre

quien se quiere ennoblecer. Deja de filosofar y advierte que me encargó que te obligase á casar tu padre, cuando murió. Y que á Sabina has de dar, mi hermana, la mano y sí, pues de Ferrara ha venido sólo á este efecto, ó de aquí has de irte.

CABALL. No es mal partido el último para mí; pues si es el conyugal peso de los cuerdos tan rehusado y á tantos priva del seso, más vale estar desterrado que no vivir siempre preso. Mi natural es más quieto, pues á la iglesia me inclino; déjame, si eres discreto, seguir aqueste camino, más seguro y más perfeto.

LAMBERTO. Sabina es noble y honesta, y en fin, mi hermana, que basta; á mi gusto está dispuesta; la mujer ilustre y casta ni es liviana ni es molesta. De la tuya soy esposo, si tú lo eres de la mía, y á su dote caudaloso juntas tu hacienda, sería un parentesco dichoso el nuestro, y no habrá poder que en Módena nos iguale. Esto, Jacobo, ha de ser.

CABALL. La hacienda, hermano, ¿qué vale en manos de una mujer? Gózala toda, y no intentes cautivar mi voluntad con tantos inconvenientes.

LAMBERTO. Cuando mires su beldad, sus costumbres excelentes, su discreción y valor, aunque un mármol fueses frío, te has de abrasar en su amor. Jacobo, este es gusto mío, no provoques mi rigor, en una quinta te espero, hoy las vistas han de ser; imita á la primavera en galas, porque es mujer de buen gusto, y no quisiera que en ti hallase imperfección que su amor desazonase. Háblala con discreción y finge, aunque no te abraze, que eres de su sol Faetón; no apartes los ojos della, suspira de cuando en cuando, tómalala la mano bella. Si estás con otros hablando, hazla entender que, por ella, ni en lo que dices estás ni á propósito respondes, y desta suerte verás que presto en tu pecho escondes el amor que huyendo vas

y que empiezas á adorar lo que, por no conocer, hasta aquí te dió pesar; que esto de amar y comer no está en más que en comenzar; voy á llamar quien te vista de vistas, porque has de ir luego.

(Vase.)

CABALL. Mejor me fuera el ir ciego que á tales vistas con vista. Cielos: para que resista tal violencia, dadme fuerza antes que Lamberto tuerza mi inclinación y la doble, que no es la voluntad roble que ha de dar fruto por fuerza. Yo estoy contento, mi Dios, con mi quieta soledad. ¡Aquí de Dios! Libertad: ¿por qué no volvéis por vos? Mas diréisme que entre dos conserva el amor su estado, que la soledad da enfado; mas sólo da luz Apolo, que más vale vivir solo que no mal acompañado.

ESCENA II

Sale RICOTE con una fuente, capa y gorra con plumas, y aderezo de espada dorada.—El CABALLERO DE GRACIA.

RICOTE. El novio recoleto á vistas, amor te llama; gorra con plumas, la fama te ofrece calza y colete. Módena te espera toda con la novia en una quinta donde el Abril mayos pinta; goza del pan de la boda que te amasa la belleza de una mujer, que ahora es miga toda, aunque después se te ha de volver corteza. Busca dientes de diamante, porque las mujeres son, por lo dulce, de turrón; por lo duro, de Alicánte, y buen provecho te haga.

CABALL. ¡Ah, Ricote, que haya dado en casarme mi cuñado!

RICOTE. El nombre te satisfaga y haz lo que manda, no gruña, que es cuñado con ventaja, y en fe de sello te encaja su hermana en lugar de cuña. Vístete si has de ir allá.

CABALL. Bien sabes tú cuán pesado tiene de serme este estado.

RICOTE. Si un yugo por premio da, ya sospecho las molestias de una mujer que es verdugo, que nunca se pone el yugo si no es para domar bestias. Díerante á ti andar de día de jubileo en sermón,

no dejar congregación,
no perdonar obra pia,
disminuyendo procesos,
consultando confesores,
reprehendiendo jugadores,
pagando deudas á presos,
y de noche en hospitales,
entre humildes ejercicios,
desopilando servicios
y bazucando orinales.
En oyendo el esquilón,
á pesar del lodo y vientos,
acompañar sacramentos,
dar á pobres tu ración.
Volver á casa desnudo
y rezando Ave Marías,
cenar dos lechugas frías
y un huevo entre asado y crudo.
Dormir sobre una tarima,
poco y mal, y cuando al alba
hacen los pájaros salva,
tener ya rezada prima.

Que en este entretenimiento,
que otros llamarán castigo,
no estimarás en un higo
el más rico casamiento.

CABALL. Eso, Ricote, apetezco,
y sin ello me hallo mal;
mi inclinación natural
es, poco en ello merezco;
pero, en fin, me dan mujer.

RICOTE. Casarte y tener paciencia,
que no es mala penitencia
si la acostumbras á hacer;
que, en fe de lo que aprovecha,
puedes hacer, si te casas,
cuenta, señor, que te pasas
á religión más estrecha.

CABALL. Más con eso me molestas.

RICOTE. Vístete si habemos de ir.

CABALL. ¿Cómo he de poder sufrir
tan terrible peso á cuestras?

RICOTE. Como quien lleva la cruz
del matrimonio excelente;
tú serás el penitente
y yo el cofrade de luz.
Mas mira: si al fin te casas
y vivir seguro quieres,
haz cuenta que las mujeres
son castañas en las brasas.
Regalallas y querellas,
mas, si en fe de tus amores,
se te suben á mayores
porque no falten mordellas,
ni tanta mano les des
que vengan á ser cabeza,
ni muestres tanta aspereza
que las trates como á pies.
Si destos extremos dos
quieres hallar el remedio,
la virtud consiste en medio,
que no sin misterio Dios,
cuando á la mujer ser da,
en fe desta maravilla
la formó de una costilla
que en medio del cuerpo está.
Y con esto emplúmame,

CABALL. pues ya te has puesto las galas.
¡Ay plumas, servidme de alas,
y de una mujer huiré!

RICOTE. No me espanto que te pese,
que es carga de ganapán,
y si Dios se la dió á Adán
aguardó que se durmiese.

ESCENA III

Salen SABINA, ISABELA y CAMILO.

SABINA. ¡Bella quinta!

CAMILO. ¡Deleitosa!

En ella la primavera,
que en estas bodas espera
verte de Jacobo esposa,
también hace ostentación
de sus galas al Abril.

ISABELA. Mira en tazas de marfil
brindar la murmuración
destas fuentes á la risa,
que cuando á la sed provocas
por ti se hace todas bocas.

CAMILO. Mientras murmura te avisa,
si no es que te reprehende,
del mal pago que á Conrado
con esta mudanza has dado.

SABINA. Mi hermano su amor ofende,
que á casarme me ha traído
y es fuerza el obedecelle
si por padre he de tenelle.
Sabe Dios que he resistido
su voluntad hasta aquí;
está mi dote á su cuenta.
¿Qué he de hacer?

ISABELA. Mi esposo intenta,
juntando tu hacienda así
con la de mi hermano, hacer
de todas cuatro una casa.

CAMILO. Cuando sepa lo que pasa,
Conrado ha de enloquecer
de pena y celos.

SABINA. No hay ya
quien de celos pierda el seso.

CAMILO. Que te adora te confieso.

SABINA. La ausencia le curará,
que en Ferrara hay medicina
y contrahierba de amor.

CAMILO. Aunque el médico mejor
es el tiempo, en fin, Sabina,
si es amor enfermedad,
mientras sus términos pasan,
¿qué ha de hacer cuando le abrasan
memorias de tu beldad?

Si él supiera que venías
á más que á ver á tu hermano,
y que usurpalle la mano
que suya juzgó querías,
á otro Ariosto diera copia
para escribir sus locuras.

SABINA. Orlando hacedle procuras,
aunque en mí es la historia impropia,
que ni Angélica me llamo
ni le dejo por un moro,
pues ni es, Jacobo, Medoro,
ni con liviandad le amo.

A vistas vengo, ¿qué quieres?
Lícito es ver.

CAMILO. Es verdad;
mas tenéis la voluntad
en los ojos las mujeres.
No saldrás libre de aquí;
avisar quiero á Conrado,
aunque si él fuera avisado
no se apartara de ti;
porque es la mujer, en suma,
como el pájaro liviano,
que en abriéndole la mano
vuela, y si deja algo es pluma.

(Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos CAMILO.

SABINA. En fin, Isabela hermosa,
¿tengo de ser tu cuñada?

ISABELA. Y aunque en el nombre pesada
en las obras amorosa.

SABINA. ¿Jacobo de Gracia es
discreto, cuerdo, apacible?
¿Es riguroso ó terrible,
conversable ó descortés?

Que habiendo de vivir tanto
con él, justo es que me informe
si es á mi gusto conforme.

ISABELA. Mi hermano es, amiga, un santo;
no te pueden dar los cielos
más segura compañía;
no temas, Sabina mía,
que te desvele con celos;
que, jugándote tu dote,
tus joyas empeeñe ó venda;
que desperdicie tu hacienda,
que tus deudos alborote,
porque no es de aqueste mundo,
y aunque á su simplicidad
dan nombre de necedad,
cortesanos en quien fundo
todo el caudal en engaños,
en las cosas de importancia
es cuerdo, aunque la ignorancia
hace burla de sus años;
éi, en fin, es importante
para ser de ti querido
y mejor para marido,
hermana, que para amante.

SABINA. Con eso me has enfriado
el alma: ¡Jesús mil veces!
¿Marido santo me ofreces?

Simple, hermana, le has llamado.
Si he de creer á la fama
ya sé que, subiendo el precio,
apacible nombra al necio
y sencillo al bobo llama.
El será, á lo que imagino,
algún junípero llano,
mentecato por lo humano,
devoto por lo divino.
Que andará desatinado,
y dirá que es por llaneza;
traerá baja la cabeza,
el cuello tuerto ó bajado,

y dirá que es vanidad
lo que el uso galas llama.
Y si en muestras que me ama
saca á luz la voluntad,
que no será en todos días,
sino la Pascua de Flores,
en vez de decirme amores
me rezará Ave Marías.

ISABELA. ¡Buena vida me prometo!

SABINA. ¡Por ser compuesto ha perdido!
Compuesto para marido,
mejor es para soneto.

Quien no ha sido buen amante
mal buen marido será;
amor, aunque atado está
al matrimonio constante,
no pierde su inclinación,
antes con él se aquilata.

Sabrosos regalos trata,
las galas su esfera son
con que alivia los enojos
que el enfado solicita,
ya su esposa necesita
á no apartar dél los ojos.

ISABELA. De tu condición me espanto.

SABINA. Viviré triste en extremo
si por marido le temo
y le respeto por santo.

ESCENA V

Sale el CABALLERO DE GRACIA, muy galán; RICOTE,
LAMBERTO y ESPERANZA.—DICHAS.

LAMBERT. Por mostraros, mi Sabina,
que en todo soy vuestro hermano,
un esposo de mi mano
daros mi amor determina.
Que si en el vuestro se abrasa
y os recibe por mujer,
vendremos los dos á hacer
una hacienda y una casa.
Estimadle, que yo espero,
si el sí y la mano le dais,
que por él no maldigáis
jamás al casamentero.
Turbada estaréis, ¿quién duda,
que, como hoy las vistas son,
en la novia es discreción
de turbarse y el ser muda?
Si no os ciega beldad tanta
el ser cortés os inclina.

(A Jacobo.)

Hablad, Jacobo, á Sabina.

CABALL. Dios, señora, os haga santa.

SABINA. ¿Por santidades comienza?

RICOTE. Devota salutación
para entrada de un sermón.

LAMBERT. El novio tiene vergüenza,
su turbación perdonad;
que el más discreto, cuando ama,
la primer vez que á su dama
ve, dice una necedad.

RICOTE. ¿Una? El dirá más de ciento.

CABALL. ¿Por necedad juzgáis vos
el rogar, hermano, á Dios
que le haga santa?

LAMBERT. El intento es bueno, pero no viene á propósito.

CABALL. Confuso estoy.

LAMBERT. El amor y el uso su idioma y estilo tiene.

CABALL. Pues ¿qué había de decilla á fuer de los cortesanos?

LAMBERT. Bésos, señora, las manos: y luego arrastrar la silla y preguntar: ¿cómo estáis? que es el común abecé.

CABALL. Bésos las manos, ¿por qué? Necedad en mí llamáis el decir que la haga santa Dios, ¿y en el mundo no veis si su mal uso os espanta? Estornuda un caballero, y los que le corresponden, bésos las manos, responden, en pie, quitado el sombrero. Y los que Dios os ayude dicen, ¿no son cortesanos, en fin, que besan las manos al otro porque estornude? Miren qué merced les hace: traen luces cuando anochece, y descortés les parece el cuerdo que satisface con decir que Dios les dé buenas noches; solamente al besamanos consiente el uso necio, ¿por qué, si tú la luz no has criado, besarte es bien que permitas las manos y á Dios le quitas las gracias, que te ha alumbrado?

LAMBERT. Calla, y la costumbre admite, que esto se usa en nuestro idioma.

CABALL. Y será ley de Mahoma, que disputas no permite. Yo no nací para esto; sácame, hermano, de aquí, y cásese otro por mí.

LAMBERT. Jacobo, no seas molesto; ya has venido, no es razón, si cortesano te llamas, que quedes entre las damas en mala reputación. No desdice el ser cortés de la virtud que te inclina; siéntate junto á Sabina; dile amoroso después la buena suerte y ventura que se te sigue de vellá, que estás perdido por ella, que al sol vence su hermosura, que su discreción te admira.

CABALL. ¿Eso he de decille?

LAMBERT. Pues.

CABALL. Tú debes de ignorar que es pecado el decir mentira.

LAMBERT. Eso es encarecimiento que usa el amor de ordinario.

CABALL. Afirmando lo contrario de lo que imagino, miento.

Si yo por mujer la tengo, ¿por qué sol la he de llamar, ni cómo podré afirmar que á vella perdido vengo, si no es porque el tiempo pierdo de que á Dios he de dar cuenta? Mentir un noble es afrenta; téngame por necio ó cuerdo, cáusela gusto ó enfado, mal ó bien conmigo esté, porque yo no mentiré por cuanto Dios ha criado.

LAMBERT. Anda, hipócrita, que están por tí en pie, siéntate allí; lo que te enseñó la di; sé cortesano y galán, que ¡vive Dios! si en desprecio de lo que mando que digas con amores no la obligas y te confirma por necio, que si hará, porque es discreta, que en Módena no has de estar un hora, ni has de gozar tu herencia.

CABALL. Poco me inquieta la codicia de mi hacienda; pero voy por no enojarte.

ISABELA. Si basta, hermana, á obligarte mi amistad, aunque te ofenda el poco curso que tiene mi hermano en cosa de amores, házmele muchos favores; enamórale, pues viene á domesticarse un bruto con la costumbre suave, que, si lo que es amor sabe, tú verás, Sabina, el fruto que sacas de ser su esposa, y la vida que gozamos si juntas las dos estamos.

SABINA. Por darte, Isabel hermosa, gusto, y agradar á mi hermano, lo que mandas quiero hacer; el galán tengo de ser esta vez, por lo que gano de estar en tu compañía. Toma esta silla, señor.

RICOTE. Albarda fuera mejor.

SABINA. Asentaos, por vida mía.

CABALL. No haré cierto, yo estoy bien, sentaos, mi señora, vos. (Sacadme desto, mi Dios.) Sentaos, Lamberto, aquí.

LAMBERT. Bien. No soy yo el que á vistas vengo, aquece es vuestro lugar y éste el mío, porque hablar un poco á mi esposa tengo.

SABINA. Por mi vida, que os sentéis.

CABALL. Dos veces habéis jurado. ¡Jesús! Yo ya estoy sentado á trueco que no juréis. (Siéntase.) Y si se hace el casamiento, quiéroos, señora, avisar que nunca habéis de jurar, porque es contra el mandamiento segundo.

SABINA. ¡Pobre de mí! ¿Esto escucho y no me muero? En muestra de lo que os quiero yo juro cumplillo así.

CABALL. Pues no juréis otra vez.

SABINA. ¡Qué necio y qué escrupuloso! (Ap.) Libertad, con tal esposo ya desearéis mi viudez.

ESPER. Y él, ¿cómo ha callado tanto?

RICOTE. No sé por dónde empezar contigo, Esperanza, á hablar.

ESPER. Pues qué, ¿da también en santo?

RICOTE. No; mas un poeta amigo, que en la corte de Castilla es águila y maravilla, hablando una vez conmigo, me dijo, viendo el ensayo de una comedia famosa: «Ya, hermano, es cansada cosa que entre fregona y lacayo siempre empiecen su papel con esto. ¿Y él no habla nada? ¿Y ella es soltera ó casada? Porque esto de *y ella y él* era sagrado y chorrillo de toda plebeya masa, y ya en la corte no pasa lacayo con estribillo, y temo, si así le trato y allá me ven algún día, la grita y silbatería.»

ESPER. Librenos Dios de un silbato.

LAMBERT. ¡Que se haya un hombre criado en mitad de Italia, que es madre del trato cortés, y que liciones ha dado á mil bárbaras naciones que su Imperio han adquirido, y en más estima han tenido que sus ricas posesiones la urbanidad y crianza que de su trato sacaron y á sus patrias trasladaron con que el ser de hombres se alcanza, y que este bruto, Isabela, criado en la policía de vuestra casa y caricia, y en Módena, que es escuela del estilo y discreción, hablar con una mujer no sepal

ISABELA. Si es menester trato y comunicación para cualquier arte y ciencia, y aunque en el siglo ha vivido Jacobo, nunca ha tenido de sus cosas experiencia. La cortedad no os espante; tratadle en cosas de Dios, y veréis que quedáis vos torpe con él y ignorante. Cásese él, que esos extremos el tiempo los vencerá.

LAMBERT. Hablando con él está, lo que le dice escuchemos.

SABINA. En fin, ¿no me decís nada?

CABALL. Nada os digo, pues que callo;

yo os prometo que no hallo cosa, señora cuñada, que deciros de momento.

SABINA. Créolo, que amor desnudo á los principios es mudo, y el propio efeto en mí siento, que estoy muy enamorada, señor Jacobo, de vos.

CABALL. Más vale estallo de Dios, que yo no os importo nada.

SABINA. Amaros para marido no es con intento liviano. Dadme, Jacobo, esa mano.

CABALL. ¡Jesús! ¿la mano?

SABINA. Encogido sois, dadle acá.

CABALL. No hay que hablar, ó estas son vistas ó no.

SABINA. Sólo á veros vengo yo.

CABALL. Pues ver, pero no tocar.

SABINA. Mal debo de pareceros.

CABALL. No me pareéis muy bien.

SABINA. Grosero sois.

CABALL. Hago bien.

SABINA. Criado entre caballeros poco su trato se os luce. (Levántanse.)

¡Quitaos allá, descortés! Si con vos el interés que toda Italia produce me dieran, no os estimara para calzarme el chapín. Tosco. ¡Miren á qué fin me trajeron de Ferrara! Cuando á vuestro cargo esté, Lamberto, el darnie marido, porque vuestra hermana he sido (que desde hoy no lo seré), haced de mí más caudal que el que aquí os he visto hacer; el matrimonio ha de ser en los consortes igual cuando no se menosprecia, y quien á un necio me da por marido, claro está que me ha tenido por necia; y eso en mí es injuria al doble, sabiendo quién es Sabina. Buscad, Lamberto, una encina con quien casar este roble, y hacéde antes desbastar, que se está con su corteza y no podrá la riqueza sobre ella un tronco dorar. Que, puesto que vine en vano, casarme á mi gusto espero, pues para casamentero tenéis tan pesada mano. (Vase.)

ESCENA VI

DICHOS, menos SABINA.

ISABELA. Enojada, y con razón, va Sabina, hermana mía. ¡Qué necio es el que porfía forzar una inclinación! (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS, menos ISABELA.

LAMBERT. Si hallara capacidad en tí para reprehenderte, castigárate de suerte que de tu rusticidad quedaras arrepentido; pero no lo sentirás, porque tan bozal estás que te falta hasta el sentido. Pero á las obras remito lo que excuso de razones, si más en Módena pones los pies, si deste distrito no te vas, ¡viven los cielos! que como loco he de hacer que te salgan á correr los muchachos: pagarélos para que en calles y plazas te persigan: comunica rústicos, en quien si aplica el vil natural que abrazas. Por la caperuza trueca las plumas, galas del noble; hiere con el hacha el roble, derriba su leña seca, y vendiéndola, sustenta tu bárbara vida así, porque, si vuelves aquí en tu daño y en mi afrenta, yo vengaré el menosprecio que hoy con mi hermana has tenido con el castigo debido que se suele dar á un necio. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos LAMBERTO.

ESPERAN. Ricote, adiós.

RICOTE. Esperanza: ¿es amarme el irte así?

ESPERAN. Ya no la tengas de mí, pues por aquí va la danza; participas de tu amo la poca dicha, perdona: la maza va con la mona, necio es el necio y el amo. Mientras con él estuvieres necias serán tus demandas que, en fin, dime con quién andas...

RICOTE. Vaya.

ESPERAN. Y diréte quién eres. (Vase.)

ESCENA IX

El CABALLERO y RICOTE.

RICOTE. ¡Buenos habemos quedado!

¿Qué habemos de hacer, señor?

CABALL. Libróse del cazador el pájaro, el sentenciado

del riguroso verdugo, del naufragio el marinero, del lobo el manso cordero, la libre cerviz del yugo, del pirata el mercader, y aun mayor mi dicha ha sido pues que librarme he podido, Ricote, de una mujer. ¡Oh, qué peso me han quitado de encima del corazón!

RICOTE. Dicen que en cierta nación era por rey adorado aquel que á cuestras tenía la cosa de mayor peso, saliendo con él suceso quien más tiempo le sufría. Una vez se convocó al pueblo á elegir cabeza, y hubo quien tal fortaleza entre los demás mostró, que un enano, entero tuvo día y medio, sin que hubiese quien competir se atreviese con él; y al tiempo que estubo casi el reino en su poder y el pueblo le engrandecia, salió otro que traía á cuestras á su mujer, y la gente convocada en su favor sentenció, que con la mujer no halló otra cosa más pesada. Mas si toca Dios de un hueso, ¿dónde piensas ir?

CABALL. No sé.

RICOTE. Con capa y gorra y á pie, ¿qué dirán de nuestro seso? Si tomas mi parecer, vuélvete, señor, á casa; que todo enojo se pasa.

CABALL. Casa que huele á mujer no me la mientes, Ricote.

RICOTE. Casarte han querido en ella, mas dan dineros con ella, que no hay esposa sin dote. Sólo á quien casar se atreve dineros y hacienda dan, que es pagar al ganapán la carga, por que la lleve.

CABALL. Deudos en Bolonia tengo, á estudiar y á conocellos iré.

RICOTE. ¿Deudos? ¡Fuego en ellos! Mal los conoces; no vengo en eso, aunque seguir quiero tu buena ó mala fortuna.

CABALL. Este traje me importuna.

RICOTE. Una capa y un sombrero tengo allí, con ella irás mejor, si hemos de ir á pie; ven por ella.

CABALL. ¡Que hoy libré! Voluntad, ya os tengo en más; que, aunque en tan terrible trance me habéis costado mi hacienda, bien podré, preciosa prenda, decir que os compré de lance.

ESCENA X

Salen LAMBERTO, CONRADO, ISABELA y SABINA.

LAMBERTO.

Yo solo en vuestros celos soy culpado; como Jacobo corre por mi cuenta, su hacienda trajo, y siendo su cuñado, por mi industria y gobierno se acrecienta, parecióme, poniéndole en estado y dándole á Sabina, que su renta junta á la mía, la aumentara doble, y una casa fundara rica y noble. Ni Jacobo ha tenido entendimiento para estimar la dicha deste día, ni yo noticia del honesto intento que os ha obligado á honrar la sangre mía. Mi hermana, con el mismo pensamiento, á mis consejos resistencia hacía, y aunque su honestidad cuerda callaba, sus ojos me decían que os amaba. Yo alabo su elección, y que os escoja por dueño suyo, sosegaos con esto.

CONRADO.

Si por esto amor, por ser niño, se enoja, también, Lambert, se apacigua presto. Sacóme de Ferrara la congoja furiosa de los celos que me han puesto en términos de hacer un desatino; mas tras la tempestad el iris vino. Yo os perdono mi agravio.

SABINA.

Y yo os adoro con más estima agora que primero, que poco precia, mi Conrado, el oro quien no conoce el hierro y el acero. Quien nunca empobreció no ama el tesoro, á más ejemplos aplicarme quiero, que si los ojos hoy en otro he puesto, más claro sale el sol junto á su opuesto.

CONRADO.

En fin, ¿Jacobo me hizo competencia?

ISABELA.

Pluguiera á Dios que fuera para tanto.

CONRADO.

Yo á lo menos envidia su inocencia.

LAMBERTO.

Que es un bruto.

CONRADO.

¿Que es dél? Mejor diréis un santo (1).

LAMBERTO.

¿Había de venir en mi presencia? De Módena le eché.

CONRADO.

De vos me espanto.

LAMBERTO.

Hágase hombre, si en su esfera cabe;

(1) En el original dice «con estos».

sepa del mundo, que harto de Dios sabe. No me ha de entrar en casa en todo este año.

CONRADO.

Pues sabed que acusaros he venido de un huésped que os tendréis, si no me engaño, de no poco valor: hoy ha partido veinte millas de aquí Julio Cataño, estimado en Italia y conocido en Roma por sus letras, sangre y celo; su tío es Cardenal de San Marcelo: Juan Cataño.

LAMBERTO.

Este es en quien ha puesto la silla de San Pedro su esperanza. Si muere Sixto quinto es manifiesto que le ha de suceder.

CONRADO.

En su privanza presumo entrar, porque ha vacado un puesto que, si mi dicha y el favor le alcanza y con Sabina desposado quedo, enriquecer vuestros parientes puedo. Fáltale el secretario, y como supe que á Roma se partía, convidalle con esta quinta quise.

LAMBERTO.

Desocupe su espacio nuestro amor para hospedalle.

CONRADO.

Primero que otro aquesta plaza ocupe, si os parece, Lambert, pienso hablalle esta noche.

LAMBERTO.

Haréis bien, que la tardanza, como el provecho vuela, no le alcanza. ¿Vas, Isabela, á prevenir la cena?

ISABELA.

Pavos hay y capones.

LAMBERTO.

Esta sala cuelguen de telas, que es capaz y buena.

CONRADO.

En esta quinta no hay ninguna mala.

LAMBERTO.

Maten vitelas.

CONRADO.

En la casa llena fácilmente se sirve y se regala á un Príncipe, aunque venga de repente.

LAMBERTO.

Camas ahí prevenid para la gente.

(Vase Isabela.)

ESCENA XI

Sale RICOTE, después un CRIADO. — DICHOS, menos

ISABELA.

RICOTE.

Lamberto, caballeros, dad ayuda á Jacobo de Gracia, que, salteado

de bandoleros, morirá sin duda, no siendo de vosotros ayudado; su bárbara codicia le desnuda y á un roble tosco de ese monte atado los dineros le piden que no tiene; huyendo mi temor la muerte viene. ¿Qué aguardáis? Cerca está, si tardáis tanto, dadle por muerto. Vamos, caballeros.

LAMBERTO.

O es hipócrita Jacobo ó es santo. Si es santo, ¿de qué teme bandoleros? Dios volverá por él, causando espanto á ese escuadrón de salteadores fieros; si es hipócrita, pague con la vida lo que merece su virtud fingida.

CRIBADO.

Monseñor está en casa.

LAMBERTO.

Pues salgamos á recebille.

RICOTE.

Que obligar no puede vuestra crueldad.

CONRADO.

A socorrelle vamos.

LAMBERTO.

Dios le socorrerá, no tengáis miedo.

SABINA.

Más razón es que á Julio recibamos.

LAMBERTO.

Ojalá le matasen, pues heredo por mi mujer su hacienda.

RICOTE.

Al fin, cuñado.

SABINA.

De su desprecio el cielo me ha vengado. (Vanse, sino es Ricote.)

RICOTE.

Miren qué hay que esperar de aquesta gente. ¡Maldiga Dios quien en cuñados fia, viles madrastras cree, suegras consiente: que estos tres hacen una cofradial

ESCENA XII

Sale EL CABALLERO DE GRACIA, desnudo.—RICOTE.

CABALLERO.

Ricote: ¿estás ahí?

RICOTE.

Señor.

CABALLERO.

Detente y no des voces, que excusar querria las injurias y enojo de Lamberto, que, si me ve cual vengo, será cierto.

RICOTE.

Qué, en fin, ¿te desnudaron?

CABALLERO.

Harto ha sido dejarme vivo; ser piedad confieso.

RICOTE.

¿Piedad cuando te quitan el vestido?

CABALLERO.

¿Qué quieres? ¿no ves tú que viven deso?

RICOTE.

Discúlpalos también.

CABALLERO.

Agradecido á quien le libra debe ser el preso.

RICOTE.

Donosa flema; no has de ser tan bueno que te dejes echar la silla y freno.

CABALLERO.

Dame esa capa, cúbreme y avisa á mi hermana, si puedes, en secreto de mi desgracia.

RICOTE.

Si está en camisa Lamberto, mala noche te prometo.

CABALLERO.

Haz tú que no lo sepa y vuelve aprisa, mientras aquí me escondo.

RICOTE.

Eres discreto, que en viéndote Sabina repudiada, fiestas les ha de hacer tu encamisada. (Vase.)

ESCENA XIII

Salen JULIO del cobertizo del camino, LAMBERTO y CONRADO, y velos.

JULIO.

Bien sabéis obligar, señor Lamberto; al hospedaje quedo agradecido.

LAMBERTO.

No ha un hora, Monseñor, que estaba incierto desta dicha, que hubiera prevenido con la casa que ofrece este desierto, y regalos de Módena, el debido hospicio que se os debe y era justo.

JULIO.

Lo que no se previene da más gusto. ¡Agradable jardín! Yo no he rezado algunas horas; mientras se adereza la cena quiero echar este cuidado aparte.

LAMBERTO.

¿No le habláis?

CONRADO.

¿Cómo, si reza?

JULIO.

Déjenme solo.

CRIBADO.

Todo está aprestado.

CONRADO.

¿Adónde ha de dormir?

LAMBERTO.

En esta pieza.

CONRADO.

Si me acomoda Julio con su tío y sale Papa, enriquecer confío. (Vanse.)

ESCENA XIV

JULIO empieza á rezar santiguándose, y responde el CABALLERO DE GRACIA desde donde está escondido.

JULIO.

Deus in adjutorium meum intende.

CABALLERO.

Domine ad adjuvandum me festina.

JULIO.

¿Quién respondió? ¿qué es esto?

CABALLERO.

¿Qué pretende, Cielos, mi natural que á esto me inclina? Sin querer respondí; mas, si se ofende y hacerme dar castigo determina, viéndome así, ¿con qué disculpa intento disminuir mi necio atrevimiento? JULIO. ¿Quién es el que está escondido tras esta murta?

CABALL. ¿En qué dudo?

Un hombre, señor, desnudo del ingenio y del vestido. No mirando lo que hacia, cuando comenzó á rezar respondí, sin reparar que era Vuestra Señoría el que estaba aquí, llevado de un natural, que me obliga que cosas devotas siga.

JULIO. ¿Cómo estáis ansí?

CABALL. Un cuñado, que sabe mirar mejor por mi bien que yo estimalle, es causa que deste talle me esconda de su rigor.

JULIO. ¿Quién es ése?

CABALL. Es Lamberto.

JULIO. ¿Y él os hizo desnudar?

CABALL. Quisome, señor, casar, que es peor; soy poco experto en materia de querer, trájome á vistas aquí, no se contentó de mí la buena de la mujer; riñó Lamberto conmigo, de casa me desterró y el cielo, que conoció cuán digno soy de castigo, me entregó á unos bandoleros, á quien quedo agradecido, pues, quitándome el vestido

y unos pocos de dineros, me dejaron con la vida. Volvíme aquí despojado, y entretanto que un criado envió para que pida otro vestido á mi hermana, aquí me quise ocultar de Lamberto y excusar de su cólera inhumana el enojo y la pasión. Salió Vuestra Señoría, y cuando rezar quería, llevóme mi inclinación tras sí, y aunque sea verdad, que no es fuerte esta disculpa, perdóneme, que no hay culpa donde falta voluntad.

JULIO. Yo os la he cobrado notable. ¡Qué apacible sencillez! No hagáis temor que esta vez Lamberto enojado os hable; remediar esta desgracia quiero.

CABALL. Del cielo tengáis el premio.

JULIO. ¿Cómo os llamáis?

CABALL. Señor: Jacobo de Gracia.

JULIO. ¿Noble sois?

CABALL. Bueno quisiera saber ser, que es de estimarse, que sólo el saber salvarse es nobleza verdadera.

JULIO. Tal sea mi vida. ¿Habéis estudiado?

CABALL. Señor, sí; artes en Bolonia oí.

JULIO. Bueno, y ¿qué pluma tenéis?

CABALL. Razonable, aunque alabada de algunos que bien me quieren, que siempre amigos prefieren lo que vale poco ó nada.

JULIO. Huélgome de saber eso. ¿Gustaréis de estar conmigo?

CABALL. Yo, Monseñor, soy amigo de hablar verdades; confieso lo bien que me puede estar el serviros y estimaros; pero no sabré adularos, porque, ni sé lisonjear, ni dejaré reprehender lo que mal me pareciere por cuanto tesoro adquiere todo el humano poder. Querránme mal los criados, que mi buen ánimo ignoran, porque en Palacio desdoran á quien no dora pecados, y quien vicios no consiente mal con señores lo pasa.

JULIO. Este servicio á mi casa le faltaba solamente, y vos le habéis de ocupar. Reprehéndeme á mí el primero, que eso busco y eso quiero: un hombre deseo hallar que las verdades me diga. ¡Hola!

ESCENA XV

Sale DECIO.—DICHOS.

- DECIO. Monseñor.
 JULIO. Vestid este hombre; un baúl abrid. Escuchad.
 CABALL. ¡Que me persiga la inquietud desta manera! Libréme de ser casado y del palacio el cuidado, agora, cielos, me altera. ¿Qué he de hacer si Dios lo quiere? Él me tenga de su mano. *(Háblale al oído.)*
 JULIO. Un vestido de mi hermano le dad, y cuando estuviere en el traje que es decente, me avisaréis.
 CABALL. ¿En efeto he de servir?
 JULIO. En secreto le tendréis, que es conveniente por agora.
 DECIO. Harélo así.
 JULIO. Idos con ese criado, secretario.
 CABALL. Buen cuidado llevo; ¿secretario á mi? ¿Qué pretendéis, vanidades?
 JULIO. Andad, que si sois discreto, yo os confiaré mi secreto, y vos me diréis verdades. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Sale ISABELA.—JULIO.

- ISABELA. Bien puede vuesañoría cenar, si ha rezado ya.
 JULIO. Quien en vuestra casa está, señora, excusar podía el camino, que ya siento, pues, según me han regalado, por no ir mal enseñado, en ella quedarme intento.

ESCENA XVII

Salen CONRADO y LAMBERTO.—DICHOS.

- ISABELA. Pluguiera á Dios, monseñor, que, como lo encarecéis, os sirviéramos.
 CONRAD. ¿Queréis que, por no darle favor, muera Jacobo en desprecio de quien sois?
 LAMBERT. Impertinente estáis; ¿quién hay tan valiente que pueda matar á un necio?
 JULIO. ¿Es hora ya de cenar?
 LAMBERT. Presto lo poco se guisa.
 JULIO. La jornada me da prisa; yo suelo siempre pagar la posada adelantado, y así quisiera hacello hoy. A Roma, cual sabéis, voy,

no poco desta obligado, como tengáis en su corte los dos pleito ó pretensión y en ella mi intercesión alguna cosa os importe, contento haré la jornada, y si no, saldré corrido cual huésped que no ha tenido con qué pagar la posada.

- CONRAD. Buena ocasión se me ofrece, que le habléis por mí me importa.
 LAMBERT. Aunque siendo ésta tan corta tanta merced no merece, quien pretende de ordinario no pierde tiempo ó favor. Conrado sabe, señor, que buscáis un secretario, y porque para este oficio sé lo que es bien que presuma de su ingenio y de su pluma, estando en vuestro servicio quedaremos él y yo obligados; determina ser de mi hermana Sabina esposo, y no se atrevió, si no es por mí, á suplicaros que esta merced nos hagáis.
 JULIO. Tarde, Conrado, llegáis; no puedo en eso ocuparos, pero mejoraros sí con dueño más principal. De mi tío el Cardenal de San Marcelo entendí que desea acrecentar su casa; ya sabéis que es en nobleza ginovés y en opinión singular, y que le han pronosticado que á Sixto ha de suceder; pues le voy agora á ver, yo haré de suerte, Conrado, que su secretario os haga, y á Lamberto camarero, que así el hospedaje quiero satisfacer.

LAMBERT. Si así paga, Monseñor, vuesañoría de dos horas el hospicio, ¿qué espera el que en su servicio su aumento y vida confía?

- JULIO. Al secretario llamad, Decio.
 DECIO. Voy señor por él. *(Vase.)*
 JULIO. Negociad los dos con él y una memoria le dad para que me acuerde en Roma lo que los dos pretendéis, que presto lo alcanzaréis si él á su cargo lo toma.

ESCENA XVIII

Sale RICOTE; después el CABALLERO DE GRACIA con otro vestido.

- RICOTE. Tras mi desnudo escondido ando, y se ha desaparecido.

- Mas ¿Monseñor está aquí?
 CABALL. ¿Qué manda vuesañoría?
 LAMBERT. ¿Qué es lo que vemos, Conrado?
 CONRADO. Jacobo es, vuestro cuñado.
 LAMBERT. ¡Mi cuñado!
 CONRADO. No desvaría la vista que en él me pinta su imagen.

LAMBERT. Bueno por Dios: locos estamos los dos. No ha un hora que de la quinta le eché, y avisannos luego que le roban salteadores, ¿y había de ser él?

CONRADO. Favores son de su virtud, no niego lo que decís; mas tampoco lo que veo oso negar.

- RICOTE. Mi amo es éste á pesar de bellacos, ó estoy loco.
 JULIO. Jacobo de Gracia: ved lo que Lamberto y Conrado os dicen.

CONRADO. ¿Veislo?
 LAMBERT. Encantado estoy.

- JULIO. Y cuenta tened de avisármelo después.
 LAMBERT. ¿Qué es esto? ¡fortuna escasa!
 JULIO. Aunque mal, tendrá en su casa el Cardenal á quien es en la suya tan avaro, que á vos della echaros pudo, y cuando volvéis desnudo no le osáis pedir amparo. Los dos vuestra pretensión le referid, si os agrada, porque no saldréis con nada si no es por su intercesión, que me he inclinado á querelle, al paso que vos, Lamberto, le aborrecéis, y estad cierto que en agradalle y creelle consiste el favor y gracia que buscáis, y no la espere en mí á quien no se la hiciere el Caballero de Gracia. *(Vase.)*

ESCENA XIX

DICHOS, menos JULIO.

- CABALL. No estéis, hermano y señor, de verme, triste y confuso. Dios estas cosas dispuso, tercero y intercesor. Con Monseñor diligente prometo ser, sin venderos embelecus por dineros, mohatras del pretendiente; pues, contra las vanidades con que la mentira vive, hoy Monseñor me recibe para decir las verdades, y porque á cenar se asienta, los brazos, hermano, os pido. Vamos.

- LAMBERT. De puro corrido...
 CABALL. Callad, no hagáis deso cuenta. Dichosa fué mi desgracia; gracias á Dios puedo dar.
 RICOTE. Y desde hoy te has de llamar el Caballero de Gracia.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sale DON CRISTÓBAL DE MORA, del hábito de Cristo, el CABALLERO DE GRACIA y otros.

- CRISTÓB. Las cartas que de favor la Princesa ha recibido del Cardenal, Monseñor, las ha Su Alteza leído con muchas muestras de amor; y las reliquias que aplica para el monasterio real que á las Descalzas fabrica agradece al Cardenal, y por ellas significa el favor que desea hacer á vuesa merced.
 CABALL. En eso muestra la Princesa ser hija de quien tuvo en peso la Iglesia, que iba á caer por la impiedad luterana que enfrenó en tiempo sucinto contra la furia alemana.
 CRISTÓB. Heredó de Carlos quinto la Princesa doña Juana su cristiandad y valor, y de Felipe segundo, su hermano y nuestro señor, el celo con que en el mundo es de la Fe defensor. Hame mandado Su Alteza que por extenso me informe de su persona y nobleza, porque con ella conforme cueradamente la largueza con que merced le ha de hacer mientras en Madrid asista.
 CABALL. Aunque es arrogancia el ser de sí mismo coronista, fuerza es el obedecer. Módena, ciudad ilustre estimada en Lombardía por una de las mejores que honran aquella provincia desde inmemorables tiempos dió solar y casa antigua al apellido de Gracia, blasón de nuestra familia. Cuento noblezas del mundo por dar á vuesañoría verdadera relación, puesto que de más estima es la virtud que la sa gre.

CRISTÓB. Una y otra califican,
y cuando las dos se hermanan
el valor immortalizan.

CABALL. Díome á Jacobo de Gracia
por padre el Cielo y mi dicha,
de aquella ciudad espejo,
y por madre á Margarita,
noble y célebre matrona,
apacible, recogida,
ni en el gobierno severa,
ni en el castigo remisa.
En fin, casi con las partes
que en la mujer fuerte pinta
Salomón en sus Proverbios,
si es desta hipócrita digna.
Díome también una hermana
á su virtud parecida,
de su valor heredera
y, en fin, de tal madre hija.
Casáronla con Lamberto,
en quien su ascendencia cifra
el valor que dió á su casa
sangre generosa y limpia.
Quisieron hacer lo propio
conmigo, mas no se inclina
mi natural á este estado;
otro más noble me obliga,
y después de mil trabajos
que ocasionaron mis dichas
y ampararon mi inocencia,
el ánimo noble inclina
y piedad de Monseñor
Julio Cataño, que iba
á Roma á instancia del Papa,
que en su casa me reciba.
Hízome su Secretario,
y al cabo de algunos días
en que mereció alcanzar
un capelo y una mitra,
dió el cargo de Mayordomo
de su casa y su familia
á Lamberto, mi cuñado;
pienso que á intercesión mía.
Crecí en crédito y amor,
y al mismo paso la envidia
creció en los interesados;
pero sin ella ¿quién priva?
Verdad es que ocasionó
mi condición enemiga
de callar faltas ajenas,
siendo tan grandes las mías,
su enojo, porque, avisando
al Cardenal lo que vía
digno en casa de remedio,
fui causa de algunas riñas.
En fin: por esto ó por todo,
con mi cuñado conspiran
mis domésticos contrarios;
mas no me desautorizan
con Monseñor, pues, discreto,
testimonios averigua,
que á la verdad hermocean
afeites de la mentira.
Afrentados, pues, de ver
que sus intenciones sirvan
de escala, por donde suba
mi privanza más arriba,

una noche se conciertan
de esconder tras las cortinas
de mi cama una mujer
de las que en Roma hay perdidas.
Hizo esta hazaña el dinero;
meten la engañosa espía,
acuéstome descuidado
y al Cardenal luego avisan,
que, incrédulo de tal cosa,
entra en mi aposento, y mira
aquel caballo troyano,
vil preñez de su malicia.
Llueven luego acusaciones
sobre mí, mofas y risas,
el torpe honesto me llaman,
de hipócrita me bautizan;
pero, sin precipitarse
el Cardenal, examina
en mi rostro la inocencia,
donde es la vergüenza firma.
Llama á la mujer aparte,
amenázala que diga
la verdad, y sobre el potro
del temor, en fin, publica
los cómplices de mi agravio,
los ardides de la envidia,
la fuerza de la verdad
y el poder de la justicia.
Los demás, avergonzados,
su insulto, mudos, confirman,
que la turbación es juez
que se condena á sí misma.
Indignóse Monseñor,
y á que dé cuentas obliga
á Lamberto de su hacienda
y que á los demás despida.
Mas salió dellas tan mal,
que en solas cuatro partidas
en cuarenta mil ducados
le alcanza y le necesita
á vender toda su hacienda,
y no alcanzando estas ditas,
preso, y tarde arrepentido,
favores vanos mendiga.
Yo, que de aquel testimonio
libré, gracias infinitas
di al cielo, busco terceros
que por mí al Cardenal pidan
dé licencia á mi quietud,
en el palacio oprimida,
para que, libre con ella,
seguro de enredos viva.
Tanto pudieron los ruegos,
mis lágrimas y porfía,
que, su voluntad forzando,
me vino á decir un día:
«No quiero, Jacobo, creer
que ingratitud os obliga
á que por vos mi afición
no sea bien correspondida.
Sé vuestro natural quieto,
lo que en palacio pelagra
la virtud siendo envidiada,
y aunque por mí conocida
contra todos os defiendo,
soy hombre, y tal vez podrían
verosímiles engaños

acreditar sus mentiras.
Muchos contrarios tendéis,
y para que no os persigan,
es bien que en salgáis de Roma.
A la Infanta de Castilla,
Princesa de Portugal,
el Cardenal mi tío envía
para el Monasterio ilustre
y el Hospital que edifica
en Madrid, entre otras cosas,
una caja de reliquias,
que son, de su devoción,
las prendas de más estima.
Partid con este presente,
veréis la mejor provincia
de Europa, donde la Iglesia
da á la fe segura silla;
donde las ciencias florecen,
donde la nobleza habita,
donde el valor tiene escuela
y donde el mundo se cifra.
Si os queréis quedar en ella
(que á todos su corte hechiza),
llevando en vuestro favor
cartas de mi tío y mías,
Su Alteza os hará merced,
y si en su reino os prohija,
yo os impetraré del Papa
alguna prebenda rica.»
Vi el cielo abierto con esto,
dile las gracias debidas,
deseaba ver á España,
dispuse, en fin, mi partida.
Llegué á esta corte famosa,
di las cartas y reliquias
á la señora Princesa,
recibiólas de rodillas,
y á don Cristóbal de Mora
me manda acudir, que es dicha
no pequeña el enviarme,
señor, á vueseñoría,
cuya fama y cristiandad
hasta nuestra Italia admira,
y en cuyo favor espero
el buen fin de mi venida.

CRISTÓB. Yo, señor Jacobo, estoy
contento con la noticia
que de sus cosas me ha dado,
y hago dellas justa estima.
Informaré á la Princesa,
haciendo de parte mía
lo que pudiese en su aumento;
mas espere, que ella misma
sale de palacio.

CABALL. Irá
á las Descalzas á misa.

CRISTÓB. Y á ver á la Emperatriz,
su hermana, doña María.

ESCENA II

Salen la PRINCESA de viuda, DON DIEGO y acompaña-
miento.—DICHOS.

PRINCES. Al Rey, mi señor hermano,
he enviado á convidar
para que me venga á honrar

y con su celo cristiano
la fiesta nuestra autorice
y aumente su devoción.
DIEGO. Será la consagración
con su presencia felice.
PRINCES. Ya mis Descalzas desean
que se pase el Sacramento
á su Iglesia, y así intento
que este mes cumplido vean
su esperanza religiosa,
porque con su esposo estén,
y á las reliquias también
que con mano generosa
me ha enviado el Cardenal
de San Marcelo, deseo
hacer un rico trofeo
luego que del Escorial
venga mi señor el Rey;
con ellas le haré un convite,
que sé el gusto con que admite
las joyas de nuestra ley.

CRISTÓB. Aquí, gran señora, está
quien las trujo desde Roma,
y quien á su cargo toma
su aumento, la servirá
con satisfacción debida,
que su virtud y nobleza
merecen que Vuestra Alteza
le haga merced tan cumplida.

PRINCES. Yo tengo deso cuidado,
pues sois hombre de valor.
El Rey, mi hermano y señor,
ocho encomiendas me ha dado
de Cristus en Portugal,
por que á mi disposición
las dé á sujetos que son
de sangre noble y leal.
Como aquí vivir queráis
y á vuestra patria olvidéis,
una dellas gozaréis
si en Portugal os prohibáis.
¿Qué decis?

CABALL. Que el interés
de servir á Vuestra Alteza
tengo por naturaleza.

PRINCES. Procurad prohijaros, pues,
y á don Cristóbal de Mora
por la encomienda acudid
cuando volváis á Madrid.

CABALL. Immortaliza, señora,
la fama tal cristiandad.

CRISTÓB. Ya somos de una nación;
yo haré que la prohijación
le den con facilidad.

CABALL. Acuda á verme después. (Vanse.)
Beso á Vuesa Señoría
las manos. ¡Qué cortesial
Mas basta ser portugués.

ESCENA III

Salen RICOTE.—EL CABALLERO DE GRACIA.

RICOTE. ¡Oh madre de gente extraña,
madre, punto y excelencia
de la real circunferencia
con que te corona Español